

¿Hay mundo por venir?

Ensayo sobre los medios y los fines

Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro

Otro ejemplo de un mundo que se vacía de a poco, dejando a los humanos patéticamente desamparados, es el espléndido film de Béla Tarr, *El caballo de Turín*.¹ Los protagonistas son –íbamos a decir una pareja como en *The Road* o en 4:44, pero aquí son tres– un viejo parcialmente inválido, su hija adulta, y un caballo de carromato de familia (¿el caballo que desencadena la crisis de Nietzsche en Turín?), habitantes de una terreno minúsculo y miserable, perdido en una estepa barrida por el viento. El fin del mundo de los campesinos de Tarr es un desecamiento mas que una descomposición. Es un viento ápero y estéril que aúlla sin cesar, soplando hojas muertas y polvo contra la cabaña de piedra; es un pozo que se seca, dejando de bombear agua; el caballo que inexplicablemente deja de alimentarse –el caballo, bestia apocalíptica, como en *Melancholia*–; la poca luz que se apaga, por falta de combustible; es la comunicación que va insidiosamente extinguiendo entre padre e hija, que luego ya no se hablan, ni se miran, prefiriendo contemplar, estáticos y mudos, el mundo desecado. Y, sobretodo, la repetición desnuda, ciega, maquinal, inútil en su pura instrumentalidad, de las acciones cotidianas que van *desanimando* a los personajes, en un sentido lo mas literal posible. Primero el caballo, y luego el viejo y su hija, se quedan inmóviles, los dos sentados a la mesa en la cabaña oscura, delante de su invariable comida –dos papas, una para cada uno, ahora crudas, por falta de agua y fuego, que permanecen intocadas mientras el film termina en un lento *fade out*. Como en *Melancholia* (y en *El Ángel Exterminador*), el tema del fracaso en salir del círculo mágico de la depresión marca un cambio de la (in)acción. Frente al agotamiento del pozo, los personajes parten, empujando ellos mismo el carromato y el caballo sin fuerzas, en busca de la ciudad vecina² pero vuelven, inexplicablemente, después de algunos minutos (¿horas? ¿días?), entregándose de una vez a una parálisis que se va esparciendo y contaminando todo (recordemos que el viejo padre tiene un brazo paralizado), vencidas por un mundo el mismo catatónico.

El Caballo de Turín puede ser visto como desarrollando una equivalente cosmológico del tema de la banalidad del mal. El fin del mundo, para Tarr, no será un espectáculo dantesco, sino un decaimiento fractal, incremental, una des-

¹Béla Tarr & Ágnes Hranitzky, *A torinói ló*, 2011 (mismo año de *Melancholia*)

²Desvastada por obra conjunta de los hombres y de Dios, les cuenta con aire pesimista un vecino que vino a comprar aguardiente: “*Destruimos el mundo y la culpa es también de Dios*”

aparición lenta e imperceptible, pero tan completa que consigue hacerse desaparecer a sí misma frente a nuestros ojos que se van cegando poco a poco:

El apocalipsis es una acontecimiento enorme. Pero en realidad no es así. En mi film, el fin de mundo es muy silencioso, muy débil. El fin del mundo llega como lo veo llegar en la vida real - lentamente y silenciosamente. La muerte es siempre una escena más terrible, y cuando ves a alguien morir –un animal o un humano– es siempre terrible, y la cosa más terrible es que parece que nada sucedió

Nada sucedió –sólo estamos muertos.